

SIMPLES MORTALES



SANTANDER

Fué de los fundadores.

Eran los hombres de nuestra independencia almas trágicas y corazones bravíos. Nacieron á la lucha con la austeridad primitiva y feroz del medio en que vivían. Sus pasiones eran ásperas y fuertes como los árboles de nuestras montañas, á cuya sombra contemplando el cielo sintieron las nostalgias de la libertad y el anhelo de la lucha.

La palabra vibrante y tempestuosa que despierta y que deslumbra; el verbo indignado, bólido in-

menso que cruza rojo el horizonte de los pueblos oprimidos, no había pasado por el cielo de aquellas almas. La noche de la colonia era absoluta. Ni periódicos, ni tribuna, ni libros. ¡Sombra completa! Aquellos pueblos tenían el anhelo de la libertad que no conocían, como siente la castidad el ardiente deseo del placer que ignora. La inmensa multitud vegetaba, no vivía. Era un estancamiento de pantano. Esos pueblos que empiezan hoy á esbozarse apenas de entre la sombra, estaban en pleno limbo. Un pueblo que no lee, es un pueblo que no vive. Aquello era un mundo sin alma. El soplo que alienta y levanta las multitudes no había pasado por allí. No hubo apóstoles de aquella buena nueva. Antonio Nariño que osó traducir los *Derechos del Hombre* en Bogotá, fué á expiar su delito con una cadena al cuello en los arsenales de Cádiz.

Había algunas cimas besadas por la luz, pero eran pocas.

Fué del fondo de esas multitudes ignorantes é ignoradas que brotaron aquellos lidiadores, asombro del valor humano; esos soldados cuasi primitivos, que cuando aprendían á escribir ya habían esculpido su nombre en las páginas de la Historia con la punta de su lanza ensangrentada. El vientre de la patria más fecundo que el de Hecuba, en su generoso alumbramiento, llenó de héroes el continente, héroes cuyo primer vagido dió en tierra con un trono centenario. Pero entre tantos lidia-

dores había pocos pensadores. Los espíritus cultos eran escasos. Se amaba la libertad con amor impetuoso y salvaje. Se le defendía mejor que se le comprendía. Caían los héroes al pie de la diosa mirándola tristemente, sin cegar con el esplendor de su belleza. Los espíritus cultivados y serenos, los que amaban el ideal y comprendían la república no eran los más. Sacerdotes de una diosa cuyo culto apenas empezaba á propagarse, combatían al lado de los héroes egregios esperando el día en que ante aquellos ejércitos prosternados pudiesen levantar la idea como la hostia pura de aquel sacrificio inmenso.

Santander fué el más grande de ellos, fué el que amó la libertad con pureza mayor. En esa pléyade brillante de enamorados de la gloria, él fué el aislado supremo, enamorado del ideal. Su amor por la libertad tenía purezas de asceta: la amaba como á diosa para cuidar su templo y adorarla extático. Su amor no tuvo nunca las formas de la ambición. No la salvó para violarla luego, como lo hicieron otros. Su cabeza poderosa no engendró nunca los sueños enfermizos de ambición aleve. No libertó su patria para oprimirla después. Cuando tantas cabezas poderosas vacilaban inclinándose bajo el vendaval de la ambición, la suya se conservaba erguida y fuerte, como la cima del inmenso farallón que avanza sobre el mar. Su alma inmensa no sintió nunca el vértigo.

La fábula no tiene que ver nada con él.

Los mitólogos de la Historia que exagerando la gratitud, han divinizado los hombres de la independencia, no han podido mezclar este nombre á sus narraciones hiperbólicas, sacándolo de su molde puramente humano. No pertenece á la categoría de los semi-dioses, los centauros, los Aquiles, ni ese tropel de dioses griegos, con que los apolo-gistas mezquinos han querido formar un olimpo de los grandes hombres de la epopeya inmortal. No pertenece á la leyenda sino á la Historia. No está destinado á ser pasto de los poetas, sino estudio de los historiadores. Su vida fué una vida no un milagro. Nada de sobrenatural hubo en ella. Fué simple y modestamente un grande hombre: el más grande de los hombres de Estado de su tiempo. Ninguna de las consejas necias, que la estulticia ha acumulado después, en torno á la cuna, á la vida y á la tumba de los libertadores, puede acumularse en torno de su nombre.

No fué profetizado ni profeta; nadie anunció su venida; no hubo señales atmosféricas en su nacimiento y en su bautismo; no tuvo alucinaciones á lo Juana de Arco; no dialogó con los astros ni platicó con lo desconocido; ni sintió el espíritu divino; ni retó al destino desde las cumbres inflamadas. No fué visionario ni vidente. No se creyó predestinado ni creyó que había en la arcilla miserable de que estaba compuesto, átomos de un ge-

nio ni fragmentos de un dios. Amó la libertad con amor sereno y grave. Su carácter era puro y fuerte como una estalactita.

Bolívar en su lenguaje figurado y pintoresco lo apellidó *el hombre de las leyes*. La posteridad ha consagrado el veredicto del genio.

Santander á su inmensa gloria de libertador, añade la no menos grande de fundador. Fué el padre de la Patria colombiana: de la Colombia nueva. Fué el fundador del partido liberal: es decir amó la libertad en sus dos grandes manifestaciones: la independencia y la civilización.

Como militar sus campañas fueron ejemplo de perseverancia y de prudencia. En los combates épicos su valor rayó donde el que más alto rayar pudiera; y los héroes de las pampas no pusieron nunca en la pelea su corcel salvaje adelante del corcel de guerra suyo.

En los consejos de gobierno no escuchó Colombia voz más autorizada que la suya, ni vió pensamiento más sereno, ni juicio más acertado.

Como Magistrado fué superior á su época y al medio en que vivía.

El fanatismo no le ha perdonado todavía las supremas insurrecciones de su alma poderosa.

La libertad de la conciencia tuvo en él su primer apóstol y el escolasticismo oficial sufrió de su mano el primer golpe.

Los incondicionales de todos los tiempos, le han

criticado su actitud severa y digna frente á la dictadura ya intolerable del General Bolívar. El respeto nos sella aquí los labios.

El personalismo que hoy enferma á la América viene de muy lejos... Las generosas fuentes de la libertad venían envenenadas desde su origen. Pueblos que abrevaron en fuente envenenada se intoxicaron para siempre.

La Historia dirá que Santander y Páez fueron los caracteres más altivos de los mandatarios de aquel entonces. En el Ecuador mandaba Flores, el mulato pérfido que con una mano acariciaba la cabeza del caudillo americano y con la otra afilaba el puñal mirándole al corazón generoso. Su temperamento de esclavo no le permitía la resistencia. No había nacido sino para ordenanza de Boves y victimario del Mariscal de Ayacucho. Títulos suficientes para ser el fundador del conservatismo ecuatoriano.

El liberalismo santandereano haciendo justicia al Padre de la Patria acaba de erigirle una estatua en San José de Cúcuta.

Bien está allí en la linde de la patria, como pronto á abandonarla también, el fundador de esa patria cuasi desaparecida.

Allí, desde su alto pedestal, parece contemplar con tristeza el pueblo que ayudó á libertar convertido en rebaño. La libertad que él defendió ha desaparecido; la República que fundó ha muerto. Ya

no hay libertadores sino opresores. Una turba de enanos funambulescos llenan el inmenso escenario político ocupado ayer por los grandes hombres de la emancipación americana. Y, los ojos sin luz de la estatua melancólica parecen interrogar el horizonte como esperando ver aparecer en él banderas vengadoras, legiones de guerreros, y escuchar acentos bélicos y gritos de victoria... ¡Vana espera! Los lidiadores duermen sobre la cadena, y el viento de la noche sólo trae en torno de la estatua, la tranquila respiración de pueblos resignados á la servidumbre ignominiosa...



MORAZÁN

Después de Santander, que fué el hombre, en la esfera intelectual política, más grande de su época, el liberalismo americano no registra en aquellos tiempos figura más simpática, más innovadora, más gallarda que Morazán.

Caudillo juvenil, atrevido, generoso; temperamento apasionado y heroico; hombre superior á su tiempo y al medio en que vivía, pasó por la Historia con un fulgor de relámpago y el ruido de un guerrero homérico.

Era en épocas de lucha.

La evolución patriótica del general Gainza, con su obra de independencia, había perecido en el oleaje con que los conservadores y aristócratas de Guatemala iban en obscura turbamulta al pie del trono de Iturbide á pedir que les unciera el yugo de su cetro de emperador aventurero :

La cumbre más alta del liberalismo centroamericano ha sido siempre la república del Salvador. Allí se refugió en aquel eclipse el águila liberal herida.

La bandera del imperio cubrió á Centro América sostenida por las manos del general Filisola.

¡ Cayó Iturbide ! El partido conservador y el liberal volvieron á encontrarse frente á frente. Los *serviles* habían perdido su amo, pero conservaban su odio á la libertad. Los liberales conservaban su bandera y su derecho.

Triunfó el liberalismo.

La constitución de 1824 fué una aurora.

Aquel evangelio liberal abolió la esclavitud, la nobleza, hasta el título de *don*, la venta de bulas del Papa y proclamó la República centro-americana.

Hecuba aulló, dice Homero. El clericalismo aulló, diremos nosotros. Grito de hiena en medio de la sombra.

El Papa sintió por primera vez que el aliento del liberalismo americano le daba en el rostro. Ful-

minó excomuniones y lanzó los rayos del Vaticano sobre los mandatarios del Salvador. A la cólera papal se respondió por el liberalismo con el nombramiento del obispo Delgado, hecho por el gobierno nacional. El heredero de San Pedro devoró la afrenta. Desde el bofetón de Nogaret, que hizo vacilar la tiara en la cabeza de Bonifacio VIII, la mejilla de los papas no enrojece.

Los *serviles*, es decir, el clero y la *nobleza*, hicieron la guerra, poniendo á su cabeza al marqués de Aycinena, resto apolillado de aquella aristocracia parroquial.

Hubo conjunción de tinieblas. El fanatismo poderoso y el conservatismo rencoroso pelearon unidos como siempre.

Los *sangre azul* vencieron al fin y el partido liberal cayó envuelto en su bandera gloriosa, que era la bandera de la república, seguido de los hombres libres y de los esclavos libertados, en la sangrienta y espantosa batalla de Salina Grande, el 28 de Septiembre de 1827.

La sombra entonces fué completa.

El clero imperó solo.

Algo semejante á lo que pasa hoy en Colombia y en el Ecuador sucedió allí.

En medio de la densa obscuridad vióse de súbito uno como centelleo de astros en el horizonte, el avance de algo como el carro de Ezequiel, y percibióse en el profundo silencio un ruido como de

bandada de águilas que avanzaba, grito de pelea de cóndores. La claridad y el ruido salían de las espesas selvas hondureñas. Era Morazán, Morazán que aparecía en la Historia seguido de dos mil compañeros, para ser el caballero Bayardo de aquella democracia herida. Es imposible que la Historia pase por delante de esta figura sin descubrirse : veintiocho años, figura seductora, imaginación ardiente, corazón de héroe, mente llena de ideales, inteligencia cultivada, soñador de la libertad, caballero del honor : hé ahí el héroe.

¡ Venció ! Sobre las ruinas de aquella teocracia caída levantó el más bello edificio del derecho humano.

Castigó al clero conspirador y corrompido. Expulsó al obispo Casaus, alma de la última sombría cruzada ; hizo embarcar en el puerto de Isabel á todos los frailes de Guatemala, soliviantando así la libertad y la moral con esta peregrinación de vicios tonsurados ; de los conventos hizo prisiones modelos ; fundó escuelas por el método de Lancaster, el más avanzado entonces, que no había surgido Pestalozzi ; introdujo el sistema de procedimientos judiciales de los Estados Unidos, la adopción del Jurado, la libertad de cultos ; realizó todas las grandes reformas ; todo lo iluminó con el esfuerzo de su genio innovador, en la escuela de la conciencia y la justicia, en el templo de la ley ; llevó la luz á todos y penetró con ella hasta el

claustro sombrío, donde oraban de rodillas vírgenes arrancadas á la vida por desengaños pasajeros ó por imposiciones paternas ; conciencias pervertidas por un misticismo sombrío, ó naturalezas enfermas por un histerismo ardiente, y abriéndoles las puertas les volvió la libertad y prohibió tomar el velo.

La guerra sacerdotal se refugió entonces en los campos. La conspiración fué rural. Los curas comenzaron á sublevar las indiadas en nombre de Dios y de la Religión, con esas frases y esas promesas que forman su repertorio, y que pasados los tiempos vimos lucir con tanto donaire en el clero de Colombia y en la literatura venenosa y sombría del obispo Restrepo en Pasto.

En tanto la Confederación se hacía fragmentos.

El Salvador se separó de ella en 1833. Nicaragua en 1834. Costa Rica poco tiempo después.

Morazán quedó solo. Era la inmensa solitaria roca en medio del océano, desafiando el horizonte negro y el turbido oleaje.

¡ Sombrío y terrible el cuadro de esa lucha !

Las revoluciones suelen tomar no sé qué extraña condensación en sus hombres y lo hacen así á su imagen y semejanza, dándoles sus virtudes y sus pasiones, sus tempestades y sus ideales, su grandeza y su carácter.

El liberalismo atrevido, innovador, brillante, generoso, un tanto soñador, en alto grado heroico,

había tenido su personificación en Morazán.

El partido conservador iba á tener su genuina representación, su figura excelsa, su ídolo.

Fué á buscarlo en la piara, en la profunda selva, en el intrincado matorral, en plena barbarie. Como un puñado de pieles rojas, como una bandada de cuervos, como una avalancha, como las sombras de una oscura noche, descendieron de la sierra las inmensas indiadas, al grito de la religión y con su jefe á la cabeza. Era Rafael Carrera, el *cholo* guardador de puercos en la sierra de Mita, aquel *ladino* semisalvaje y astuto, aquel indio pérfido y feroz, llamado á eclipsar á Guardiola y á asombrar á la Historia con su crimen y su audacia.

Así han sido siempre los conservadores. En su constante necesidad de un amo lo buscan donde se halle, ya sea en las piaras de Mita, ya en las riberas del Adriático, entre las flores de Miramar. Cerdo ó príncipe, todo es igual para su sed de esclavos.

Ellos hicieron vacilar la cabeza poderosa del general Bolívar, ofreciéndole una corona; ellos entraron en la aventura de Iturbide y fueron á mendigar un príncipe austriaco para México; ellos sacaron de las selvas á Carrera para hacerlo su amo; ellos hicieron de Santana un ídolo; ellos siguieron en el Ecuador por el laberinto de sus traiciones á Flores, aquel modelo eterno de la traición humana. Lo mismo en Europa que en América, ya se

llame Boulanger ó Luis Napoleón, siempre en busca de un aventurero para unirlo. Todas sus preocupaciones sociales, su moralidad cómica, sus teorías de austeridad, todo lo arrojan por el lodo y lo pisotean en el momento que de adquirir el poder se trata.

Siempre espiondo la silueta de un traidor ó el sueño de un ambicioso para alentarlo.

Así se les vió con Núñez, el poeta ateo, el bígamo histórico, en premio de su traición hacerlo pontífice de su iglesia y jefe de su alta sociedad, que invadía en oleajes de adulaciones y brillantes aquel hogar no consagrado todavía.

Carrera bajó como una tempestad, derrotó las tropas de Morazán en Santa Rosa y sembró el pavor por donde quiera.

El héroe liberal tuvo aún tiempo de reponerse, lanzó sus huestes contra el indio, é hizo replegar sus turbas siniestras de curas y salvajes á las lejanas sierras.

Pero la lucha era imposible. Morazán estaba casi solo. Carrera volvió á bajar al frente de cinco mil hombres, cercó á Guatemala y la tomó.

La bandera liberal desapareció del horizonte.

Morazán escapó á Valparaíso.

Allí, proscripto, solitario, no tuvo más sueño que la libertad, y vivió abrazado á sus ideales.

Su indomable arrojo lo lanzó de nuevo en la contienda.

Embarcado á bordo del *Coquimbo*, echó pie á tierra en Costa Rica, seguido de un puñado de bravos, y comenzó su épica campaña.

Su antigua querida, la victoria, lo besó en su frente juvenil; mas ¡ ay! luego, voluble como siempre, le volvió la espalda, y el héroe vencido cayó en poder de sus contrarios.

No le fué dado envolverse para morir en la bandera, en medio del fragor de la batalla.

La tempestad no lo envolvió como á Rómulo para desaparecer entre sus alas. Murió como Ney.

El patíbulo fué su pedestal.

Erguido sobre él, cayó á los tiros de los soldados conservadores de Carrera, como una estatua que el huracán dobla sobre su zócalo.

Así desapareció aquel generoso soldado.

Decid si ante esta Historia y este muerto sublime, el partido liberal puede pasar sin descubrirse.

Son volterios los pueblos é ingratos los partidos: sólo la Historia es justiciera.

El olvido injusto no mancilla.

Pasaron dos mil años sobre la Venus de Milo sepultada entre el polvo, y cuando la azada del campesino griego la sacó de bajo un campo de trigo, con sus brazos mutilados y su ceguera de diosa, eclipsó cuanto existía en las creaciones de la estatuaría y llenó con su serena belleza los horizontes del arte.

La gloria, como la belleza suprema, es inmortal.

Así, cuando pasa la Historia, despertando las sombras heroicas y exhumando las ilustres figuras, ellas, al ponerse de pie, hacen palidecer los héroes apócrifos y llenan de sagrado estupor y sublime gratitud las generaciones que las ven salir de la penumbra.

Ya sus verdugos son fantasmas; la pálida envidia no les roe los talones, la calumnia no las mancha; ya son grandes.

Así surge Morazán.

Su centenario fue gran fiesta del liberalismo americano.

El partido liberal tiene el deber de hacer aureola sobre la frente de sus grandes hombres. Bastante trabaja la calumnia conservadora, para que la indolencia liberal la ayude en su tarea de desfigurar ó sumir en el olvido á los heroicos fundadores del liberalismo.

La mayor señal de la virilidad de un partido es la admiración hacia sus grandes hombres.

En los pueblos esta indiferencia es señal de decadencia.

Los conservadores y sacerdotes de Centro América se opusieron al centenario de Morazán y arrojaron en ondas tumultuosas la calumnia para oscurecer su nombre. ¡ Estéril trabajo de odio! Podrían hasta lograr que no se le alzarán estatuas po-

drían hasta eclipsarlo ó proscribirlo de la mente de las turbas ignorantes ; mas, ¿ cómo lo arrancarían de las páginas de la Historia ? El pueblo al abrir el sagrado libro, tropezaría siempre con aquel nombre que llena de uno á otro extremo sus páginas más brillantes.

Hay glorias que no se eclipsan, y hay que sufrir su tremendo resplandor.

El sol es el encanto de las águilas y el martirio de los buhos.

Así pasa con el resplandor de ciertos nombres en la Historia. Morazán es uno de ellos.



MANUEL MURILLO TORO

Qué época ! Qué generación ! Qué hombres !
Era una como flora gigantesca y extraña abriéndose en la sombra.

Tenían la virilidad, la fuerza, el heroísmo de los grandes novadores.

La elocuencia, el talento, la virtud, todo residía en ellos. Los apellidaron los *Gólgotas*.

Antes de ellos, el liberalismo había sido un ensayo débil, pálido, confuso, herido por el milita-